

El caballo había echado á andar, y el carretero desapareció tras de él, arrastrando los piés como un inválido. Junto al montón donde se vaciaban las carretillas, el obrero ocupado en aquella faena se acurrucó otra vez con la barba entre las rodillas, y fijando en el vacío sus ojos sin expresión, como si no hubiera advertido siquiera la presencia de un extraño.

Esteban recogió su paquete, que había dejado en el suelo; pero no se marchó aún. Las ráfagas de viento le helaban la espalda, mientras que tenía el pecho achicharrado por el calor de la hoguera. Quizás, de todos modos, haría bien en dirigirse á la mina: tal vez el viejo no sabía lo que pasaba: además, se resignaría y aceptaría cualquier faena. ¿A dónde iría, ni qué iba á hacer en aquella tierra donde no había más que hambre y miseria? ¿Había de dejarse morir como un perro callejero? Sin embargo, le turbaba cierta vacilación, cierto temor que sentía al pensar en *La Voreux*, casi oculta por la oscuridad, en medio de aquel inmenso llano. El viento era cada vez más fuerte. En el azul del cielo no se veía brillar ninguna luz; solamente los hornos se distinguían en medio de la oscuridad, pero sin iluminar el llano. Y *La Voreux*, entre tanto, metida en aquel precipicio, respiraba cada vez con más fuerza, silbando con fatiga, como si fuese trabajosa la digestión de la carne humana que tragaba todos los días.



II.



El barrio de que hemos hablado, y que se llamaba de los *Doscientos cuarenta*, dormía en medio de la oscuridad.

Distinguíanse vagamente los cuatro inmensos cuerpos de edificio que formaban las casitas, presentando el aspecto de un cuartel ó un hospital, geométrica, paralelamente colocados, y divididos por tres calles muy anchas, flanqueadas de unos jardinillos perfectamente iguales. Y en la desierta planicie que se extendía delante del barrio, no se oía más que el silbar desesperado del viento, y el crujir de puertas y ventanas.

En casa de los Maheu, en el núm. 16 del segundo cuerpo, no se había movido nadie. Espesas tinieblas envolvían la única habitación del primer piso, como abrumando bajo su peso el sueño de los seres que se adivinaban allí, amontonados, con la boca

abierta, destrozados por el cansancio. A pesar del frío intenso del exterior, el aire enrarecido producía vivo calor, ese aliento caluroso de los cuartos que huelen á ganado humano.

Las cuatro sonaron en el *cu-cu* de la sala del entresuelo. Pero nadie se movió; continuábase oyendo la respiración de los que dormían, acompañada de sonoros ronquidos, hasta que de pronto se levantó Catalina. Tan cansada estaba, que había contado, por la fuerza de la costumbre, las cuatro campanadas del reloj que oyera á través del piso de tablas, sin tener ánimos para levantarse, ni aun para despertarse completamente. Luego, con las piernas fuera de las sábanas, tentó, y acabando por encontrar los fósforos, frotó uno y encendió la vela. Pero siguió sentada en el borde del colchón, con la cabeza tan pesada, que se le iba para uno y otro lado, cediendo á la invencible necesidad de volver á dormir.

La vela alumbraba ya la habitación, que era cuadrada, con dos ventanas, y estaba ocupada con tres camas. Había también un armario, una mesa y dos sillas viejas de nogal, cuyo oscuro color se destacaba fuertemente del fondo de la pared, pintada de amarillo claro. En la pared veíanse ropas colgadas de clavos, y en el suelo un jarro junto á un cacharro de barro que servía de tinaja. En la cama de la izquierda, Zacarías, el hijo mayor, mozo de veintiún años, estaba acostado con su hermano Juanillo, que acababa de cumplir once; en

la de la derecha, dos pequeñuelos, Leonor y Enrique, la primera de seis años y el segundo de cuatro, dormían uno en los brazos del otro, mientras que Catalina compartía la otra cama con su hermana Alicia, tan pequeñuela y endebllilla para tener nueve años, que ni siquiera la hubiera sentido, si no fuese porque se le clavaba á menudo en las costillas la joroba de la pobre enfermita. La puerta vidriera estaba abierta, y por ella se veía el corredor y una especie de antesalilla, donde el padre y la madre ocupaban otra cama, junto á la cual había sido necesario instalar la cuna de la más pequeña, Estrella, que tenía tres meses no cumplidos.

Al fin, Catalina hizo un esfuerzo desesperado. Se estiraba, crispaba las manos y se tiraba de los cabellos de un color rojo, y tan enmarañados, que se le venían á la cara. Era muy delgada para los dieciséis años que tenía; no enseñaba, fuera de la especie de funda que le servía de camisa, más que unos piés llenos de cicatrices producidas por el carbón, y unos brazos blancos como la nieve, que contrastaban grandemente con el color de la cara, cuyo cutis estaba ya estropeado por el continuo lavarse con jabón negro. Otro bostezo le abrió la boca, un poco grande, con unos dientes magníficos, que parecían aún más blancos de lo que eran, por la palidez clorótica de las encías, mientras que los ojos le lloraban á fuerza de quererse abrir, dándole una expresión dolorosa.

Pero en aquel momento se oyó una especie

de gruñido; la voz de Maheu, que malhumorado decía:

—¡Rayos! ¡que ya es hora!... ¿Eres tú quien enciende, Catalina?

—Sí, padre... Ya ha dado la hora en el reloj de abajo.

—¡Pues date prisa, holgazana! Si no hubieras bailado tanto ayer domingo, nos hubieses despertado antes... ¡Vaya una pereza!

Y siguió gruñendo; pero el sueño le dominó á él también; sus regaños se apagaron en un nuevo ronquido.

La joven, en camisa, con los piés descalzos, iba y venía de una parte á otra del cuarto. Al pasar junto á la cama de Leonor y Enrique, los arropó con la colcha que se había caído al suelo, y ellos, dormidos como duermen los chicos á esa edad, no se despertaron; Alicia, con los ojos abiertos, había dado una vuelta en la cama, para colocarse en el lado caliente que acababa de dejar su hermana, sin decir una palabra.

—¡Eh, Zacarías! ¡y tú, Juanillo!—repetía Catalina en pie, delante de sus dos hermanos, que seguían durmiendo á pierna suelta con la cara hundida en la almohada.

Al fin, tuvo que coger al mayor por un brazo y zarandearlo con toda su fuerza; luego, mientras el muchacho le prodigaba todo género de injurias, ella tomó el partido de quitarles la ropa de la cama. No pudo menos de echarse á reír con todas sus

fuerzas cuando vió el cuadro que presentaban los dos muchachos, con las piernas al aire.

—¡Qué bestia eres! ¡déjame!—gruñó Zacarías con mal humor cuando se hubo sentado en la cama.—No me gustan las bromas... y pensar que no tiene uno más remedio que levantarse... ¡Maldita sea mi suerte!

Era delgaducho, mal formado, con la cara larga, manchada por una barbilla clara; con el pelo colorado, y tenía la palidez anémica de toda la familia. Se le había subido la camisa hasta más arriba de la cintura; la bajó, no por pudor, sino porque tenía frío.

—Ya ha dado la hora—repetía Catalina.—¡Vamos arriba, que padre se va á enfadar!

Juanillo, que se había acurrucado de nuevo, cerró los ojos, diciendo:

—¡Vete al demonio! ¡Voy á dormir!

Ella se sonrió bondadosamente. Era el pobrecillo tan pequeño, y tenía los músculos tan débiles, á pesar de que sus articulaciones eran monstruosas, que su hermana lo cogió en brazos sin ningún trabajo. Pero él rabiaba; su cara, que parecía la de un mono con aquellos ojillos verdes y aquellas orejas colosales, palideció de ira al verse tan débil. No dijo nada; pero la tiró un mordisco en el pecho.

—¡Maldito!—murmuró Catalina, conteniendo un grito de dolor, y tirándole al suelo.

Alicia, que seguía silenciosa, tapada hasta la boca con la colcha, no se había vuelto á dormir. Mi-

raba con ojos inteligentes de enferma á sus hermanos que se estaban vistiendo, y seguía curiosamente todos sus movimientos.

Junto al cacharro que les servía para lavarse, surgió otra disputa; los muchachos empujaban á su hermana, porque decían que tardaba mucho en lavarse. Las camisas volaban por el aire, mientras que, dormitando todavía, se desperezaban con la mayor desvergüenza y con la inconsciente tranquilidad de perrillos criados juntos. Catalina fué la primera que estuvo arreglada. Se metió sus calzones de minero, se puso la blusa, y se ató un pañuelo azul al pelo, tapándose todo; con aquel traje limpio, como el que se ponía todos los lunes, parecía un hombrecillo; no la quedaba nada de su sexo más que el movimiento acompasado de las caderas.

—Cuando venga el viejo se va á poner contento al ver la cama deshecha... Mira, le diré que has sido tú,—dijo Zacarías.

Hablaba del abuelo, del viejo *Buenamuerte*, que, como trabajaba de noche, dormía de día, y se acostaba al amanecer. La cama no se enfriaba; siempre había alguien dentro de ella.

Catalina, sin contestar, se había puesto á colocar las sábanas y la colcha en su sitio. Hacía un momento que se oía ruido al otro lado del tabique, en la habitación de los vecinos. Aquellas casas de ladrillo, hechas con gran economía por la Sociedad minera, tenían unos tabiques tan sencillos, que to-

do se oía. Era aquello vivir todos juntos; no había medio de ocultar ni el más pequeño pormenor de la vida íntima, ni siquiera á los chicuelos. Unos pesados pasos habían hecho crujir la escalera; luego se oyó como el ruido de una caída en blando, seguida de un suspiro de satisfacción.

—¡Bueno!—dijo Catalina.—¡Levaque se ha ido, y Bouteloup se acuesta con su mujer!

Juanillo se echó á reír, y hasta los ojos de Alicia brillaron maliciosamente.

Todas las mañanas bromeaban de la misma manera acerca de aquella casa de los vecinos, donde vivía de huésped un trabajador nocturno, en casa de otro que trabajaba de día, y la mujer de éste, lo cual daba á la mujer dos maridos, uno de día y otro de noche.

—Filomena tose—añadió Catalina, después de haber arrimado el oído al tabique.

Hablaba de la hija mayor de los Levaque, una moza de diecinueve años, querida de Zacarías, de quien tenía ya dos hijos, y tan delicada del pecho, que cernía mineral en la boca de la mina, porque no había podido nunca trabajar abajo.

—¡Ah, sí! Filomena se ríe del mundo. Duerme como un lirón... es una porquería eso de dormir hasta las seis.

Se estaba poniendo el pantalón, cuando de repente, y como á impulsos de una idea brusca, abrió la ventana.

Todo el barrio iba despertándose poco á poco, á

juzgar por los rayos de luz que se veían ya á través de las persianas.

Zacarías empezó una disputa con su hermana; se asomaba á ver si veía salir de casa de los Pierron, que vivían enfrente, al capataz mayor, á quien se acusaba de dormir con la mujer de Pierron, mientras que su hermana le decía que el marido trabajaba de día en las minas desde la víspera, y que, por lo tanto, aquella noche no había podido dormir allí Dansaert. El aire frío penetraba por la ventana abierta, en tanto que los dos se aca-loraban, sosteniendo cada cual la exactitud de sus noticias. De pronto oyóse el llanto de Estrella, que estaba en la cuna, y á quien el frío había despertado.

Maheu despertó hecho una furia contra sí mismo. ¿Qué demonio le pasaba para dormirse de aquel modo, como un haragán? Y rabiaba tanto, y juraba con tal fiereza, que los muchachos guardaron silencio. Zacarías y Juanillo acabaron de lavarse perezosamente. Alicia, con ojos como platos, seguía mirándolos. Los dos chicuelos, Leonor y Enrique, uno en brazos de otro, no habían despertado, y seguían respirando tranquilamente, á pesar del ruido.

—¡Catalina, dame la vela!—gritó Maheu.

La joven, que acababa de abrocharse la blusa, llevó la luz al cuarto de su padre, dejando á oscuras á sus hermanos, que siguieron buscando su ropa poco menos que á tientas, sin más claridad

que la que llegaba por la puerta abierta. Su padre se tiró de la cama. Catalina no se detuvo; bajó sin calzarse y á tientas para encender otra luz y poder calentar el café. Encima de la mesa de la sala baja estaban los zuecos de toda la familia.

—¡Callarás, condenada!—replicó Maheu, exasperado por el llanto de Estrella, que iba en aumento.

Era de pequeña estatura, como el viejo *Buena-muerte*, y se parecía á él en lo grande de la cabeza, en lo achatado y pálido de la cara y en lo rojo de los cabellos, que usaba cortados á punta de tijera. La niña lloraba, cada vez más asustada al ver aquellos brazos agitándose sobre su cabecita.

—Déjala: ya sabes que no quiere callar—dijo la mujer de Maheu, acomodándose en la cama.

También ella acababa de despertarse, y se quejaba de que no la dejaban nunca dormir tranquila. ¿No podían marcharse sin hacer ruido? Acurrucada entre las sábanas, no enseñaba más que una cara larga, de facciones muy marcadas, de una belleza bastante ordinaria, y ajada ya, á los treinta y nueve años, á causa de su vida de miseria y de los siete hijos que había tenido.

Mientras su marido se vestía, ella empezó á hablar lentamente, mirando al techo. La niña seguía llorando; pero ni uno ni otro la hacían caso.

—¡Eh! Ya te lo he dicho; no tengo ni un céntimo, y es lunes hoy; todavía faltan seis días para que cobremos la quincena... No hay medio de que

esto dure. Entre todos traéis nueve francos diarios á casa: ¿cómo queréis que me las componga, si somos diez?

—¡Oh! Nueve francos—gruñó Maheu.—Tres yo y Zacarías tres, son seis... Catalina y mi padre dos, son cuatro... Cuatro y seis, diez... Y Juanillo uno, once.

—Sí, once; pero hay domingos, días de descanso... Nunca, nunca se cobran más de nueve.

Él no contestó, y siguió buscando por el suelo su cinturón de cuero. Luego dijo, levantándose:

—No hay que quejarse, porque soy muy fuerte. Más de cuatro, á los cuarenta y dos años, se tienen que retirar.

—Tienes razón, hijo; pero eso no nos da de comer... ¿Qué demonios quieres que haga? Dí... ¿No tienes tú nada?

—Yo, veinte céntimos.

—Guárdalos para un vaso de cerveza... ¡Dios mío! ¿Qué voy á hacer? Seis días no se acaban nunca. Debemos sesenta francos á Maigrat, que me plantó en la calle anteayer. No por eso dejaré de volver hoy otra vez. Pero si se empeña en decir que no...

Y la mujer de Maheu continuó hablando con voz triste, con la cabeza inmóvil, cerrando los ojos poco á poco á la tristonera claridad de la vela de sebo. Decía que la despensa estaba vacía; que los chicos la pedían tostadas de manteca; que no había ni siquiera café; que el agua producía cólicos,

y que no había más remedio que pasarse los días engañando el hambre con tronchos de col cocidos. Poco á poco había tenido que ir levantando la voz, porque los gritos de Estrella la apagaban. Aquel gritar se hacía insoportable. Maheu, fuera de sí, cogió á la pequeñuela de la cuna, y la tiró encima de la cama de su madre, gritando furioso:

—¡Toma, tómalala!... ¡la ahogaría!... ¡Maldita chica! ¡No carece de nada, porque siquiera ella mama, y chilla más que todos los otros reunidos!

Estrella se había puesto á mamar, en efecto. Tapada con la ropa de la cama y calmada por el calor, ya no se oía más que el chupar de sus labios.

—¿No te habían dicho las señoras de la Piolaine que fueses á verlas?—replicó el padre, después de un momento de silencio.

La madre torció la boca con aire de duda y desanimación.

—Sí; me encontraron el otro día, y me dijeron que repartían ropa á los niños pobres... En fin, luego iré á su casa con Leonor y Enrique. ¡Si al menos me dieran un par de francos!

Prodújose de nuevo el silencio. Maheu estaba listo ya. Quedóse un momento inmóvil, y después dijo con voz sorda:

—¿Qué quieres? Las cosas están así; arréglate como puedas... Con hablar no se adelanta nada; más vale irse á trabajar.

—Es claro—contestó su mujer.—Apaga la vela, porque no necesito ver el color de mis ideas.

Maheu dió un soplo á la luz: Zacarías y Juanillo bajaban ya; él les siguió, y la escalerilla de madera empezó á crujir bajo el peso de sus piés. Al salir, la sala y la alcoba se habían quedado de nuevo en tinieblas. Los chiquillos dormían, y hasta los párpados de Alicia se habían vuelto á cerrar. Pero la madre estaba con los ojos abiertos en la oscuridad, mientras que, tirando de su escuálido pezón de mujer hambrienta, Estrella dejaba oír de cuando en cuando un gruñido de placer.

En la sala baja, Catalina se había ocupado, ante todo, de reavivar la lumbre en una estufa redonda, donde no se apagaba nunca el carbón de piedra, del de desecho, que la Compañía regalaba á sus obreros todos los meses, á razón de un tanto por familia.

Como era malo, se encendía con dificultad, y la joven no lo apagaba; todas las noches cubría la lumbre con ceniza; no tenía más que menearla por las mañanas, y añadirle unos carboncillos buenos, rebuscados expresamente.

Después colocó en la hornilla una cafetera llena de agua, y se sentó en el suelo.

Era aquella una habitación bastante grande, que ocupaba todo el entresuelo, pintada de verde manzana, muy limpia, con sus grandes baldosas muy fregadas. Además del aparador de pino pintado, el mobiliario se componía de una mesa y de sillas de la misma madera. Colgadas en las paredes, se veían algunas estampas pintarrajeadas, retratos del Em-

perador y la Emperatriz que les había regalado la Compañía, é imágenes de santos; en cuanto á adornos, no se veía más que una caja de cartón de color rosa colocada en una tabla del aparador, y un reloj de los llamados *cu-cu*, con un péndulo muy historiado, cuyo incesante *tic-tac* parecía llenar el vacío de la sala.

Junto á la puerta de la escalera había otra que conducía á la cueva. A pesar de la extraordinaria limpieza que reinaba allí, un olor de cebolla cocida conservada desde el día anterior, emponzoñaba el aire caliente, aquel aire pesado y enrarecido siempre, cargado del olor acre de la hulla.

Catalina, en pie delante del aparador abierto, reflexionaba. No había más que un pedazo de pan, algo de queso fresco y una pizca de manteca, y era necesario hacer tostadas para cuatro personas. Al fin se decidió, cortó las rebanadas lo más gruesas posible, cogió una, que untó de queso, y, untando otra de manteca, las pegó una con otra: aquello era la *merienda*, la tostada doble que se llevaban todos los días para almorzar en la mina. Pronto estuvieron las cuatro meriendas alineadas encima de la mesa, confeccionadas con severa justicia para todos, desde la más gorda, que era para el padre, hasta la más pequeña, destinada á Juanillo.

Ya empezaba el agua á hervir en la cafetera, cuando Catalina, que parecía entregada por completo á sus faenas domésticas, debió pensar en lo que había dicho Zacarías del capataz mayor y la

mujer de Pierron, porque abrió la puerta de la calle y dirigió una mirada al exterior. El viento seguía soplando de lo lindo, y luces cada vez más numerosas ibanse viendo á lo largo de todas las fachadas de las casitas del barrio, anunciando el despertar de sus habitantes. Ya se abrían las puertas, y grandes grupos de obreros se alejaban rápidamente en medio de la oscuridad.

¡Pero qué estupidez estar así tomando el frío tontamente, cuando Pierron dormiría de seguro, aguardando á que fuesen las seis para irse á trabajar! Y, sin embargo, seguía observando la casa que había enfrente de la suya; la casa de los jardines. Abrióse de pronto la puerta, y aumentó la curiosidad de Catalina. No podía ser nadie más que Lidia, la hija de los Pierron, que se iría á las minas también.

De pronto el ruido del agua hirviendo que se salía de la cafetera hizo estremecer á Catalina, de miedo de que se le apagase la lumbre. No había café, y tuvo que contentarse volviendo á pasar por el agua el del día antes. Precisamente en aquel momento bajaban su padre y sus hermanos.

—¡Diablo!—exclamó Zacarías acercándose su tazon á las narices.—Lo que es esto no nos hará daño, á buen seguro.

Maheu se encogió de hombros con aire resignado.

—¡Bah! Está caliente—dijo;—y eso es lo principal.

Juanillo había recogido las migajas hechas por su hermana al cortar las tostadas, y las echaba en su taza. Catalina, después de servirse su parte, acababa de tirar el agua que quedaba en la cafetera. Los cuatro estaban de pie, mal alumbrados por la luz tristonca de la vela, y bebiendo de prisa.

—¡Acabáis ó no!—dijo el padre.—Cualquiera creería que vivimos de nuestras rentas.

Oyóse una voz que llegaba por la puerta de la escalera, que había quedado abierta. Era la de la mujer de Maheu, que gritaba:

—¡Coméos todo el pan, porque tengo yo un poco guardado para los niños!

—Bueno, bueno—contestó Catalina.

Había vuelto á cubrir la lumbre, teniendo cuidado de poner entre la ceniza un pucherete de sopa, que encontraría caliente el abuelo cuando fuese á acostarse á las seis. Cada cual cogió su par de zuecos, se echó al hombro la cuerda del morralillo, y se colocó su merienda á la espalda, entre la camisa y la blusa. Y salieron los hombres delante y detrás la muchacha, después de apagar la luz y de echar la llave. La casa volvió á quedar á oscuras y en silencio.

—¡Hola! Vamos juntos—dijo un hombre que estaba cerrando la puerta de la casa contigua.

Era Levaque, que salía con su hijo Braulio, un muchacho de doce años, muy amigo de Juanillo. Catalina, asombrada, contuvo una carcajada, murmurando al oído de Zacarías:

—¿Cómo? ¡Bouteloup no aguarda siquiera á que se vaya el marido!

Las luces empezaban á apagarse en el barrio, y todo quedó en silencio. Las mujeres y los chiquillos continuaban su interrumpido sueño en las camas que se habían quedado más desocupadas. Y desde el tranquilo pueblecillo hasta *La Voreux*, cada vez más animada, verificábase un lento y apiñado desfile de hombres, el desfile de los carboneros que se encaminaban al trabajo, encorvando las espaldas, sin saber dónde abrigarse las manos, cruzando los brazos sobre el pecho, mientras que la merienda, puesta en la espalda, les hacía parecer jorobados. Vestidos con ropa ligera, tiritaban de frío, sin apresurarse más por eso, andando á la desbandada por la carretera.



III.

STEBAN se había arriesgado á entrar en *La Voreux*, y todos los hombres á quienes se dirigía, preguntándoles si había trabajo, meneaban la cabeza, y acababan por decirle que esperase al capataz mayor. Dejábanle andar libremente por los departamentos, mal alumbrados, negros y verdaderamente imponentes, por la complicación de sus habitaciones y de sus pisos. Acababa de subir una escalera oscura y medio derruida, y se había encontrado en un pasadizo que temblaba bajo su peso; luego había atravesado el departamento donde se cernía el mineral, y que estaba tan oscuro, que tenía que andar con los brazos extendidos para no tropezar.

De pronto aparecieron bruscamente ante él dos enormes hornos. Se hallaba en la sala de entrada á la boca misma del pozo.